

COMO PONER LOS CUERNOS
(Y NO MORIR EN EL INTENTO)

ALEX P. DONNELLY

Copyright © 2013 Alex P. Donnelly

Todos los derechos reservados
All rights reserved

“El sexo sin amor es una experiencia vacía.

Pero como experiencia vacía es una de las mejores.”

Woody Allen

ÍNDICE

- [1. INTRODUCCIÓN](#)
- [2. NUESTROS SECRETOS](#)
- [3. UN CAMBIO DE ACEITE](#)
- [4. PSICOLOGÍA](#)
- [5. PATER NOSTRUM](#)
- [6. HORMIGÓN ARMADO](#)
- [7. POLVO EN EL SOFÁ](#)
- [8. CARA A CARA](#)

[CONTACTO](#)

1. INTRODUCCIÓN

En primer lugar, bienvenido o bienvenida. El hecho de que estés leyendo este libro implica dos cosas: Primera, que el tema cuernil te interesa o, al menos, te despierta cierta inquietud. Segunda, que también estás convencido de que, como en todo en esta vida, en el tema que nos incumbe la práctica también conduce a la perfección. Bien, eso es lo que yo suscribo, y por eso deseo compartir mis humildes experiencias contigo.

¿Cómo? ¿Que tú nunca pondrías los cuernos a tu pareja? ¿Estás realmente seguro? De ser así, tal vez deberías adquirir otro tipo de libro electrónico: cómo domesticar llamas, cómo pescar lucios, cómo ser un exitoso broker... De todos modos, no. No me lo creo.

¿Nunca has fantaseado con algún vecino? ¿Ni con algún compañero de trabajo? ¡Vamos, que estamos solos tú y yo! Tengo el total convencimiento de que, en algún momento de tu vida, si eres hombre has notado como algo en tu entrepierna empieza a descontrolarse y a ejercer presión sobre tus pantalones. Seguro que acabaste sentándote para que no se notara... ¿Recuerdas esa vez que, en verano en la oficina, a la chica rubia se le empinaron los pezones por el frío del aire acondicionado? Avanzó despacio, con su blusa de seda, sin saber muy bien a qué mesa dirigirse... te miró fijamente... y tú te sentiste un poco incómodo al ver que ella había notado que la estabas observando.

Sí, seguro que ese recuerdo está aún presente en tu memoria.

Y si eres mujer... seguro que esa sensación de humedad que impregna tu ropa interior cuando ves al joven y fornido repartidor de pizzas te resulta familiar, ¿verdad? Tal vez no se trate del repartidor sino de tu jefe, o de un segurata, o del informático... Eso es intrascendente; la sensación es la misma que tú conoces. Tienes suerte, en tu caso nadie lo percibió y no tuviste que desaparecer para ocultar la tienda de campaña.

Bien, veo que nos vamos entendiendo.

Tal y como yo lo veo, poner los cuernos de forma placentera y que tu pareja no lo advierta es todo un arte. Un arte complejo y que requiere práctica, grandes dosis de paciencia y un autodominio supino. No apto para sensibleros, blandengues o mojigatos, poner los cuernos puede ser una experiencia apoteósica siempre y cuando no seas desenmascarado al final. Y ese, precisamente, es nuestro objetivo compartido, ¿no?

De ser así, doy por sentado que eres una persona a quien le incumbe más su propia

autocomplacencia que la integridad moral. Alguien que no duda en sucumbir a un buen polvo si la tesitura lo requiere; alguien... como yo (sí, lo reconozco, soy un ser detestable... no puedo evitarlo).

Tal vez no sea tu caso y simplemente sigas leyendo por mera curiosidad. Bueno, al fin y al cabo, nunca está de más ahondar en un tema. De todos modos, te plantearé una pregunta que espero me respondas con franqueza: ¿Leerías un libro sobre el cultivo de los bonsáis si nunca has tenido uno y nunca piensas tenerlo?

Como no estás buscando circunloquios psicológicos ni a nadie que te exponga por qué motivos eso no está bien (y no seré yo quién lo haga -ya eres demasiado mayorcito para saber qué tramas), iré al grano.

Sí, ya sé que estás esperando a que empiece a aportarte consejos y más consejos extremadamente fructíferos. Bien, eso será lo que haré en el primer capítulo, que se titula "Nuestros secretos".

Ten en cuenta que mis consejos son eso: precisamente míos, y por ello posiblemente no estarás de acuerdo con alguno o considerarás que sería conveniente agregar alguna cosa. Bien, pues te invito a que lo hagas a través de mi página en Facebook (encontrarás la dirección al final del libro). Además, compartir experiencias al respecto puede ser morbosamente placentero, ¿no te parece?

Y después... ¡tachán! He incluido seis relatos cuerniles que confío en que te agraden. No todos son un paradigma de cómo poner los cuernos y no morir en el intento; algunos constituyen, de hecho, un patrón de todos los errores susceptibles de ser perpetrados. Y no todos los cuernos que aparecen son terrenales, corpóreos y materialmente factibles.

En cualquier caso, eres libre de extraer tus propias conclusiones. Por otra parte, si consigo que te plazcan mis relatos me daré sobradamente por satisfecho y, créeme, seré un poco más feliz.

Felices cuernos.

2. NUESTROS SECRETOS

Vamos allá. Objetivo: conseguir que tu pareja lleve más cuernos que un caracol a la vez que, en su candorosa inopia, sea más feliz que una perdiz.

Antes de adentrarnos en el consejo número uno, recordemos lo que tú y yo ya sabemos: existen dos modalidades cuerniles. Primera: la fortuita (para mí, la más recomendable). Segunda: la perdurable (mucho más arriesgada y susceptible de levantar sospechas por parte de tu pareja).

¿Por qué creo que la primera es más preferible? Bien, estarás de acuerdo conmigo en que dejará menos pistas tras de sí; cero llamadas a posteriori, cero datos intercambiados... Posiblemente, después de unos meses, la cara de esa persona pasará a ser tan sólo un recuerdo explosivo y tu vida de pareja seguirá siendo eso: una ufana vida compartida entre dos.

Ahí van:

1. NO SUBESTIMES LA INTELIGENCIA DE TU PAREJA

¿Cómo? ¿Crees que tu pareja nunca se daría cuenta? Eso de que “no se entera” suele resultar peligroso y conducir a desenlaces no deseados. Nunca, por mucho que los indicios lo indiquen, subestimes su sexto sentido.

Puede ser que tu pareja sea ingeniero aeronáutico y superdotado, y sin embargo nunca advierta que hueles a perfume ajeno... O bien puede ser que posea una inteligencia menos lúcida pero una perspicacia especial para detectar todo aquello que no encaja en una relación ordinaria.

Por lo tanto, siempre da por sentado que, con esa persona que comparte tu vida, poca precaución es poca...

2. TU PAREJA ES LO PRIMERO... O DEBERÍA SERLO

Si no quieres que tus ausencias resulten demasiado evidentes o tu segunda actividad demasiado sospechosa, recuerda que tu pareja es lo primero. Tal vez no te desearías que fuese así, pero esa elección la hiciste tú cuando le pusiste el anillo en el dedo. ¡Apechuga con ello!

Ahora ya no hay marcha atrás y, por tanto, tu pareja debe ser y seguir siendo lo primero. Haz que lo perciba así, y ten en cuenta que eso no implica solamente decírselo con palabras melosas, sino también con hechos.

Si le dedicas mimos, le regalas cenas románticas o pasas horas en el sofá a su lado aunque su programa favorito sea deplorable... ¿cómo va a presentir que les estás poniendo los cuernos? Por tanto, dedícale palabras y acciones para persuadirla de que tú eres fiel hasta la muerte.

3. NUNCA TE ENAMORES DE TU AMANTE (¡NUNCA!)

Error descomunal. Nunca debe pasar. Jamás de los jamases.

¿Que ya te ha pasado? ¡No! Si fuera tu profesor del colegio te pondría de cara a la pared con un diccionario de latín en cada mano... pero como no lo soy, simplemente te diré que tu comportamiento es totalmente inadmisibile.

Las complicaciones derivadas de enamorarse de un o una amante son básicamente de dos tipos. Primero, te complicas la vida a ti mismo puesto que, si hay amor, posiblemente querrás dedicar más tiempo a esa persona, enviarle mensajes... y también se apropiará de una parte de tu cerebro que antes estaba ocupado en otros menesteres.

Puede ser que hasta cambie tu mirada, que se verá iluminada mientras tú deambulas por las nubes; hasta puede ser que cambie tu humor, que extrañamente mejorará de la noche al día. ¿Y qué pasará entonces? Tu pareja empezará a sospechar y a preguntarse a qué o quién se debe ese súbito cambio.

En segundo lugar, si hay amor entre tu amante y tú puede ser que éste o ésta se cree falsas expectativas y esas ilusiones lleven a demandarte algo más, como por ejemplo que abandones a tu pareja. En el más extremo de los casos, ten en cuenta que un amante despechado (o despechada) podría empezar a acosarte con llamadas, visitas al trabajo u otros actos indeseables que acabarían amargándote la vida. Eso, si no acaba destapándose todo el pastel en última instancia. Y eso no es lo que ni tú ni yo queremos, ¿verdad?

Por tanto, el amor y los cuernos son rotundamente antagónicos y no existen excepciones factibles.

4. DEJA LAS COSAS TAN CLARAS COMO EL AGUA DEL GUADALQUIVIR

Como el título de este consejo apunta, dejarlo todo claro es básico. Claro, cristalino, diáfano y transparente. ¿Para qué engañar a tu amante contándole que estás, por ejemplo, en trámites de divorcio o que eres viudo? ¿Realmente es eso necesario?

Al pan, pan y al vino, vino.

Como cada cual debe conocer su emplazamiento en este universo, tu amante debe asumir que es eso: tu amante. Nada más ni nada menos.

Eso no entraña que le des a entender que “sólo es tu amante”, sino que es tu amante y punto, y que valoras su presencia por una serie de motivos (eso queda entre vosotros). Bajo ningún concepto enjuicies o te mofes de su condición de segundo plato. Al fin y al cabo, tú tienes más clase que eso, ¿no? Hazle ver que el segundo plato suele ser más contundente e interesante que el primero...

Por otra parte, resulta intrincado inventar una mentira (como “estoy en trámites de divorcio”) y ser consistente. Si nos empieza a hacer preguntas, corremos el riesgo de incurrir en algún error o incoherencia. Y no creo que a nadie le gusten las mentiras.

Resumiendo: la claridad ante la situación es primordial y cada cual debe conocer qué digno lugar ocupa.

5. NUNCA CON AMIGOS, CONOCIDOS O SALUDADOS

Los motivos para este consejo que te doy resultan obvios, lo sé, pero no podía dejar de incluirlos en mi lista.

Liarse con conocidos, amigos o saludados (a quienes sólo saludamos cuando nos cruzamos por la calle pero de quienes, posiblemente, no sabemos ni el nombre) es altamente arriesgado. Es más, es una bomba explosiva que, más tarde o más pronto, acabará detonando en nuestras manos.

Sí, sí, ya sé que posiblemente habrás tenido tentaciones al respecto... A ver, ¿quién era? ¿Una amiga de tu mujer? ¿Un monitor del gimnasio?... Bueno, tampoco deseo saberlo realmente. Era mera curiosidad.

Prosigamos tras el inciso anterior. El vocablo que mejor debería definir a nuestro o nuestra amante tendría que ser “anonimato”.

Anonimato es, efectivamente, sinónimo de seguridad y de nivel bajo de riesgo. Escoge un amante anónimo y alejado de tu círculo de relaciones personales. Te resultará todo mucho más fácil, créeme.

Si tu amante es anónimo, difícilmente tendréis amigos o conocidos en común que puedan sospechar o delatar la situación a tu pareja.

Vamos, recapacita un poco... Si tu amante trabaja contigo en la oficina... ¿qué cara pondrás cuando se lo tengas que presentar a tu marido o a tu mujer un día que te venga a ver al trabajo luciendo una de sus mejores sonrisas?

Yo te lo diré: cara de circunstancias y de querer que la tierra te engulla.

Por lo tanto, asegúrate de que tu amante, lío o rollito no tenga nada (repito: nada) que ver con tu familia política, trabajo, gimnasio, círculo de amistades, clases de bailes de salón, centro excursionista, escuela de tus hijos, bloque de pisos, club de tenis... Me explico con claridad, ¿verdad? Sí, ya veo que me captas a la perfección. ¡Eres un discípulo aventajado!

6. EL TEMA MONETARIO

El tema monetario podría sintetizarse en unas pocas líneas. Básicamente, cerciórate de llevar suficiente dinero al contado encima cuando tengas una cita secreta con la persona en cuestión. Asegúrate de que tu cartera o monedero están llenos, y bajo ningún concepto pagues con tarjeta de crédito. Si usas monedero electrónico, abstente también y déjalo para otras ocasiones más propicias.

Ten en cuenta que si efectúas alguna compra por Internet que no quieras que sea detectada te verás en graves problemas: los pagos seguros vía PayPal u otros dejan un rastro indeleble. Las transferencias bancarias también, como ya sabemos. Y los pagos vía reembolso a tu domicilio son una amenaza segura (¿qué sucede si tu pareja llega a casa antes de lo acostumbrado y coincide con el mensajero en la entrada?... ¿Qué excusa te ingenias entonces?).

Por tanto, rehúye las compras por Internet y los pagos con nada que no sean monedas y billetes. Obsoleto y convencional, pero seguro al 100%.

7. EVITA LA PROXIMIDAD GEOGRÁFICA

Sí, las casualidades inverosímiles existen. Y la ley de Murphy también.

A más distancia, indirectamente proporcional será la posibilidad de que tu pareja, tu acompañante y tú coincidáis en algún sitio público. O sea, más distancia = menos posibilidades de ser pillado.

Por cierto, supongo que tendrás presente que, con tu amante, mejor moverse por la esfera privada y disfrutar de una escasa vida social, ¿verdad? Sí, ya sabía que tenías eso en mente. Hacer lo contrario sería tentar demasiado a la suerte, y te conduciría con toda certeza a verte forzado a finiquitar esa relación de pareja que con tanto ahínco has erigido.

¿Para qué arriesgarse?

8. DONDE TENGAS LA OLLA...

¿Te suena el viejo refrán? Por si no lo conoces, te diré que su versión íntegra es “Donde tengas la olla no metas la polla”. Bonita rima fácil, ¿no te parece?

Dejando aparte el hecho de que quien acuñó el refrán no era ciertamente un poeta, también te diré que esa oración imperativa encierra una realidad como la copa de un pino.

Nuestras vidas están constituidas por diversos ámbitos: el familiar, el laboral, nuestro ocio, nuestra intimidad... Bien, pues intenta no mezclarlos nunca cuando se trate de poner los cuernos.

El trabajo, por supuesto, es el lugar menos recomendable para llevar a cabo tales menesteres. Repito: el menos recomendable.

El motivo es simple: a los compañeros de trabajo les vemos diariamente, por lo cual tener a un viejo rollito cerca en cada jornada laboral puede resultar realmente embarazoso y acabar con tus nervios. Bien mirado, hasta tener a tu amante actual podría resultar irritante, y el hecho

de tener que andar disimulando miradas y sonrisas durante ocho horas al día podría resultarte extenuante. Y no hablemos de los riesgos de que se lo relate a su mejor amiga y se acabe enterando hasta el jefe supremo... Me pillas, ¿verdad?

9. EL RASTRO

El rastro es un concepto genérico. Por el rastro entendemos cualquier pista, sea cual sea su naturaleza, que pueda llevar a delatarte.

Si bien el listado de los indicios que podrían suscitar sospechas por parte de tu pareja es infinito, voy a darte unas cuantas ideas. Sé que eres un buen alumno (o alumna), y confío en que sabrás qué tipo de rastros detectar en cada circunstancia. ¡Ánimo, que tú puedes!

Entre los más comunes se encuentran pelos de los dos tipos (es decir, de la cabeza y del pubis); éstos son altamente peligrosos pues pueden esconderse en cualquier sitio, desde el cuello de tu camisa, hasta un bolsillo o un calcetín. Repasa bien tu cuerpo, vestimenta y enseres antes de regresar a casa o antes de que tu pareja llegue. ¡Venga, no seas holgazán y hazlo a conciencia!

Otros tipos de rastro podrían ser las marcas de maquillaje, no sólo sobre tu cuerpo, sino también en tu ropa, en la almohada... pero también en algún papel. ¿Sabes que unas manos con restos de maquillaje pueden dejar su huella en un papel? Bien, pues si no lo sabías, ahora ya sí.

Los eventuales mensajes de amor y otras cosas similares que te pueda dejar tu amante son otra amenaza. ¿Quieres un ejemplo? Un corazón esbozado con el dedo en el cristal empañado del coche. Sí, al cabo de unos días aún será visible aunque el interior del vehículo ya no esté empañado.

Y, si decides llevar a tu amante a tu casa, supervisa posteriormente todos los objetos presentes: algún adorno fuera de lugar, algo que tú nunca tocarías, las toallas mal colocadas...

Vigila también con los objetos que antes no estaban en el lugar de los hechos: ¿No se le habrá deslizado la pulsera entre los cojines del sofá? ¿No se habrá descuidado el anillo en la repisa del lavabo al lavarse las manos? ¿No habrá olvidado su sujetador, bufanda, cinturón... en la silla de tu habitación? Examina el hueco bajo la cama y bajo el sofá, por si acaso, y échale una ojeada a tu baño si lo ha utilizado.

Grábate esto en la mente: Toda revisión a posteriori es poca.

10. NO SUBESTIMES LA HUELLA TECNOLÓGICA

Si eres una persona que está a la última en tecnología o que simplemente se defiende con ella, no debes desestimar la huella tecnológica. Y aquí me refiero a ordenadores, tablets, teléfonos móviles y otros dispositivos similares. En este sentido, tener algún amigo informático que te asesore puede ser muy conveniente.

Puede parecer que, en cuanto cierras tu ordenador, todo aquello que has hecho se volatiliza y ya está. Puedes suponer que tus correos electrónicos son sólo tuyos. Hasta puedes ser una criatura cándida que cree que las páginas que visita en Internet no dejan huella cuando las cierra.

Mi consejo aquí va a suponerte asignar un poco de tu tiempo libre a actividades de formación. Indaga sobre cómo borrar el Historial del navegador de Internet de tu ordenador (ahí es dónde queda constancia de todas las páginas que has visitado), así como las cookies. No es enrevesado, ya lo verás, y si husmeas por cualquier buscador hallarás muy fácilmente cómo hacerlo.

Obviamente, nunca debes guardar nada relacionado con tu amante en Favoritos. Nunca.

Y, por supuesto, no guardes fotos ni información suya en ninguna carpeta, ni en tu Escritorio ni en ningún otro tipo de ubicación en el ordenador. Puedes guardarlo en un lápiz usb extraíble y esconderlo en algún lugar fiable y que sólo tú conozcas, aunque lo mejor es dejar un rastro tecnológico nulo.

Puede ser que tu pareja no sea un as de la informática pero, ante la más exigua sospecha, siempre puede recurrir a alguien que le explique cómo tener acceso remoto a tu ordenador o cómo conseguir la clave de tu correo electrónico y leérselo todo, por poner algunos ejemplos. Te sorprenderías de lo fácil que es realizar todas estas operaciones y muchas más.

Lo que acabo de explicarte es extensible a otros dispositivos. Cero rastro tecnológico es la clave del éxito.

De todos modos... ¿realmente necesitas atesorar en tu PC sus fotos sin ropa? ¿Vale la pena el riesgo que correrás con ello? Yo creo que no...

11. EL COCHE, ESE GRAN ENEMIGO

¿Y por qué es un gran enemigo? Pues porque contiene múltiples recovecos donde puede esconderse cualquier rastro: bajo las alfombrillas, junto al cambio de marchas, en los espacios laterales para guardar enseres... Por otra parte, las tapicerías de los coches tienen la textura idónea para retener adheridas cualquier tipo de cosas, principalmente pelos, pelusa de jerséis, hilos...

Ten en cuenta que dichas tapicerías son difíciles de adecentar si se manchan de pintalabios, maquillaje u otras sustancias. No hace falta que te facilite detalles sobre estas últimas, ¿verdad?

Tener un pequeño aspirador de los que se conectan a la toma del encendedor puede ser de utilidad algún día, sobretodo si el vehículo está atestado de arena, tierra, hojas secas u otras cosas arduas de limpiar.

Cuando regreses a casa, asegúrate de que el asiento del copiloto (o el del conductor si la persona en cuestión ha estado al volante) sigue colocado en el mismo ángulo, altura y posición en que estaba previamente. Cuando tu pareja se sienta en el coche, notará al instante si ha habido alguna variación al respecto. Éste suele ser uno de los primeros indicios que llevan a alguien a dilucidar que su pareja se la está pegando... ¡Vigila!

12. NUNCA EN TU VIDA NI QUE VIVAS CIENTO AÑOS QUIERAS CONOCER A SUS AMIGOS

¿Para qué quieres conocer a sus amigos o amigas? Eso es un riesgo redundante que no necesitas correr. Cuanto menos te involucres en la vida de esa otra persona, mucho mejor. Es obvio afirmar que, cuantas menos personas conozcas de su entorno, menos posibilidades de meteduras de pata, por ejemplo.

Bien, ya veo que esto lo tenías claro. ¡Excelente! Entonces, prosigamos.

13. TU VIDA PRIVADA ES PRIVADA

Es muy tentador comentar a tu amante tu vida privada y contarle tus problemas. ¿Que ya lo has hecho? ¿Le contaste la última discusión con tu pareja? ¡Pues metiste la pata!

Mientras las cosas funcionan bien, no suele haber problema en compartir nuestras inquietudes y alegrías. Ahora bien, el día en que las cosas dejen de funcionar, piensa en que esa tercera persona sabrá muchas cosas de ti que podría usar en tu contra. Un ejemplo: si sabe dónde trabaja tu mujer (¿por qué demonios se lo contaste?), puede amenazarte con ir a hablar con ella. No serías el primero o el último (o última) en ser extorsionado.

Y nosotros no queremos meternos en esos líos, ¿me equivoco?

Pues ya sabes: Tu vida privada debe ser privada.

14. SIN CHUPETONES NI OTRAS MARCAS

Creo que, llegados a estas alturas, es innecesario que te diga que los chupetones u otras marcas como arañazos o pellizcos están drásticamente vedados. Sí, entiendo que te da morbo que te muerda en la entrepierna, pero... ¿de verdad es una buena idea?

Tú y yo sabemos que no.

Ahora bien, si no lo habéis podido evitar, intenta rehuir físicamente a tu pareja hasta que las marcas se desvanezcan del todo, y cúbreelas si están en un lugar visible como el cuello.

15. EL PERFUME, DELATOR SILENCIOSO

Hablando de temas cuerniles, sin duda el perfume puede ser un gran delator silencioso. Puede que te habitúes tanto al olor del perfume de tu amante que ya no lo adviertas. ¡Desastre inminente! Eso evidencia que tu cuerpo, pelo y ropa se han impregnado también de su esencia y tú ya no eres capaz de apreciarlo.

Puedes decirle que te desagradan los perfumes y colonias y prefieres su olor corporal natural... que eso te pone más... o que te producen urticaria... En fin, urde el subterfugio que se te antoje, pero impide que tu amante se perfume. ¿Está claro?

Ah, y nunca nunca nunca le regales un perfume.

¡Venga! ¡Tú puedes encontrar presentes mucho más originales! ¡Estoy convencido de ello!

16. OLORES

Los amantes con trabajos que impregnan su ropa con olores peculiares son tentaciones a evitar. Dichos olores pueden ser de pescado, aceite de freír churros o de cualquier otro tipo. Si esa persona te resulta irresistible, al menos asegúrate de ducharte antes de volver a casa y airea tu ropa (si cuando llegas la metes disimulando en la lavadora, mejor que mejor).

Y en nuestro ranking de olores peligrosos, el más delator de todos es... Bien, ¡lo acertaste!
¡El tabaco!

Si tu pareja y tú sois fumadores, posiblemente no percibirá ese tufillo familiar cuando regreses al hogar dulce hogar tras estar con tu amante adicto a la nicotina. Ahora bien, si no sois fumadores... estar con una persona que sí lo sea y que tu pareja no se de cuenta es, sencillamente, inviable.

Aquí no hay excusas, estrategias o planes B. No es posible disimular ese olor a tabaco que lo impregnará todo, desde tu ropa hasta tu pelo. Ah, y lo de contarle que es de un bar donde has estado no es una opción.

O sea, que métetelo aquí y ahora en la sesera: Amantes, líos, rollos y tabaco, definitivamente NO son una buena combinación. Para amalgamas interesantes, prueba la crema de avellana con mermelada de fresa, el vodka negro con naranjada o el sexo con los espacios abiertos.

17. UTILIDAD DE LA PALABRA “CARIÑO”

¿Has tenido pesadillas en las que estás con tu mujer (o marido) y, mientras estáis haciendo el amor, se te escapa el nombre de tu amante?

Una pesadilla espeluznante, ¿no te parece?

La solución es muy elemental y pasa por no nombrar nunca a esa otra persona por su nombre real (y mucho menos mientras estáis en plena efervescencia amorosa). Usa algún término cariñoso para referirte a él o ella, como por ejemplo “cariño”, “cielo”, “amor”... Debe ser alguna palabra dulce que también utilizarías con tu pareja. Problema solventado. Si en pleno orgasmo con tu pareja, gritas “cariño”, nada te delatará por mucho que tu mente deambule por otros derroteros.

Reconócelo... este consejo te ha gustado, ¿a que sí?

18. EL INFINITO MUNDO DE LAS EXCUSAS

Las excusas cuerniles son todo un mundo. Las hay de todo tipo y de todos los colores. Las hay de todos los olores y de todos los sabores. Las hay laborales y también accidentales. Y familiares, y circulatorias, y escolares, y sanitarias...

No, lo siento, yo no puedo inventarme una buena excusa por ti, aunque te haré dos sugerencias:

Primera: procura que tus excusas sean aburridas; de lo contrario, levantarán oleadas de interrogantes y tendrás que seguir mintiendo y mintiendo hasta la extenuación.

Segunda: Plantéate la siguiente pregunta: ¿Qué excusa pondría mi pareja en esta misma situación? Posiblemente una que sería verosímil para los dos y te convencería al instante.

Si no te seduce la improvisación, puedes tener preparadas unas cuantas excusas de antemano por si debes recurrir a ellas. Aprovecha esos momentos perdidos en la ducha o mientras esperas el metro para elaborar un escueto repertorio. Tal vez algún día tendrás que recurrir a ellas pero los nervios no te permitirán razonar con suficiente lucidez. ¡Avanzate a los acontecimientos!

19. MENTIRAS PIADOSILLAS Y COARTADAS

Algunas veces, una minúscula mentira piadosa puede resultar de enorme utilidad. No te estoy invitando a que seas un mentiroso (o mentirosa) compulsivo, pero ten en cuenta que a veces una pequeña desviación de la realidad puede hacer que tu pareja se sienta feliz en su desconocimiento.

En segundo lugar, es mi deber decirte que tu mejor coartada será siempre tu mejor amigo o amiga. Es sumamente indispensable tener un amigo de confianza que esté al tanto de tus labores cuerniles y dé la cara por ti. Alguien que corrobore que estuvo contigo de copas el jueves por la noche, que jugó contigo al tenis el domingo por la mañana, que anduvo contigo de pesca el sábado... Ya sabemos que quien tiene un amigo tiene un tesoro. Totalmente cierto.

20. LAS PELIS, MEJOR EN EL CINE

Sí, ya sé que da morbo grabarte mientras estáis en la cama... o encima de la lavadora... o en el sofá... o en la ducha... Hacer un video de vuestras actividades ilícitas y después mirarlo es tan

excitante que cuesta no sucumbir a la idea, ¿verdad?

Pues me temo que tendrás que hacer un ejercicio de voluntad y resistirte. Ni siquiera un video con el móvil. Nada de nada. Todos conocemos casos mediáticos y menos mediáticos en que la grabación íntegra ha acabado colgada en Internet, YouTube, Facebook... De la intimidad de la alcoba al dominio público en el breve lapso de tiempo que se tarda en subir un archivo... ¿Te suena la historia?

Si ansías ser una estrella del porno, mejor preséntate a algún casting, pero ten en cuenta que grabar vídeos de este tipo sólo puede conllevar una cosa: problemas.

21. FALSIFICANDO PRUEBAS SIN SER POLICÍA CIENTÍFICA

Número 21 y último consejo.

Estar en posesión de algo material que corrobore lo que explicas a tu pareja puede marcar la etérea línea divisoria entre tener credibilidad o no.

Para empezar, déjame decirte que no se requiere alta tecnología para crear pruebas falsas; con una pizca de maña y varias cucharadas colmadas de voluntad los resultados alcanzados pueden ser imponentes y casi indetectables.

Vamos a ver, en primer lugar debemos partir de una base. ¿A qué me refiero con una base? Pues a cualquier elemento que posteriormente nosotros mismos podamos retocar, manipular y personalizar según nuestra conveniencia. Evidentemente, las bases más fáciles de conseguir y tratar están disponibles en formato papel: tickets de cines, entradas de la ópera, billetes de tren, impresiones de correos electrónicos, tarjetas de gente o de negocios, folletos de convenciones, matrículas de cursillos o seminarios, etc.

A veces basta con hacerse con un rotulador o bolígrafo y modificar fechas (con la punta del color y grosores adecuados, por supuesto). Pero asegúrate en todo momento de que el resultado no sea una chapuza, ¿vale? Para obtener un efecto más realista y que no se aprecie tu toque artesanal, puedes arrugar el ticket o documento que estés manipulando, colocando arrugas estratégicas en la zona retocada que camuflen lo que deseas disimular. Eso funciona bastante bien.

Si te va un poco más la tecnología, puedes utilizar algún programa de retoque fotográfico (The Gimp, por ejemplo, puede descargarse de Internet de manera gratuita); con él podrás retocar a diestro y siniestro, para después imprimir el nuevo documento retocado siempre y cuando dispongas de una impresora.

El procedimiento es el siguiente: Escanea el documento que desees a una resolución aceptable. Retoca después lo que quieras (fecha, nombre...) con The Gimp, PhotoShop o similar. Cuando el resultado te convenza, imprímelo a color o en blanco y negro según sea el documento inicial.

Asegúrate de que el papel con el que imprimes tiene un grosor y textura parecidos al del original. Y, si el resultado es dudoso, puedes recurrir de nuevo al arrugado para disimular las zonas mejorables.

¿Y después de hacer todo eso, qué hacemos? Venga... si me lo dices demostrarás que eres un alumno con muy buen nivel... Tienes la respuesta, ¿no?

Pues, como no podía ser de otra manera, nos aseguraremos de dos cosas: de que el original no permanece descuidado en la pantalla del escáner (!!!) y, finalmente, de que no queda ningún rastro en nuestro ordenador.

Bien, hasta aquí mis consejos. Ya sé que posiblemente ya tenías en mente todo cuanto te he explicado... o tal vez no. En cualquier caso, espero haberte resultado de utilidad.

Disfruta los relatos que te presento a continuación. Están recién salidos del horno; o sea, muy muy calentitos.

Hasta pronto,

Alex P. Donnelly

3. UN CAMBIO DE ACEITE

—Cariño, ¿irás a recoger el coche al mecánico?

Mierda, se me había olvidado. Aunque el coche solía ser una de las ineludibles ocupaciones de mi marido, esta vez no podía negarme, sobretodo teniendo en cuenta que el pobre se había hecho un esguince jugando al pádel con un amigo. No había más remedio. Muy a mi pesar, tendría que ir yo, así que me puse lo primero que encontré en el armario, cogí el bolso y salí por la puerta con bastante desgana.

El taller mecánico de la esquina siempre me había parecido un lugar ciertamente repulsivo, con grasa y suciedad por doquier, con un personal parco en palabras y un ambiente demasiado masculino para mi gusto. En las paredes, el calendario de rigor con chicas en tanga, como no podía ser de otra manera. Pensé que debía ser uno de los requisitos para que le dieran la licencia de apertura a un nuevo taller, algo así como un trámite burocrático implícito. Sin calendario, no había taller.

Entré por la puerta con cara de acojonada y sin saber muy bien a quién dirigirme. Después de echarme dos rápidas ojeadas de cabeza a pies, los dos hombres que estaban reparando un motor siguieron con su labor, ignorándome desde su mundo ajetreado. Hasta que le vi.

Enfundado en su mono azul, bajado de cintura para abajo porque ese agosto estaba resultando sofocante, el joven mecánico del pelo negro como el carbón estaba reparando los bajos de un coche. Allí, sobre el suelo sucio, le veía maniobrar con sus herramientas, sumamente concentrado haciendo un ruido incesante; ahora un golpe, ahora otro, ahora una herramienta que cae... Su pecho desnudo sin un solo pelo tenía manchas de grasa por aquí y por allí, y su mejilla derecha de pómulos marcado estaba también cruzada por un trazo negro.

Intenté dejar de mirarle. Una señora como yo no iba mirando a los mecánicos grasientos. Eso nunca.

Pero tampoco es que tuviese mucho más a dónde mirar...

Allí plantada, me entretuve un rato observando los otros coches aparcados, entre los cuales encontré rápidamente el mío. Y, de vez en cuando, otra mirada furtiva al mecánico.

De repente, su actividad cesó. De manera inconsciente, le miré de nuevo para descubrir que sus ojos, a un palmo del suelo, me estaban observando de manera ascendente y con detenimiento. Subieron por mis piernas (¿cómo se me había ocurrido ponerme ese vestido tan corto?), se recrearon en mis muslos, se pararon unas décimas de segundo en mis pechos (¡oh, no! ¿transparentaba el vestido?) y finalmente se pararon en mis labios.

Pretendí no darme cuenta de su obvio recorrido visual mientras por dentro una sensación extraña me indicaba que empezaba a adentrarme en territorio resbaladizo. Intentando que el sofoco acuciante no se notara, desvié la mirada hacia otro lado.

—¡Ahora voy, señora! -gritó desde debajo de ese vehículo que parecía flotar en el aire.

Por un momento deseé que no saliera de su madriguera y me puse nerviosa, casi histérica... ¿Se habría dado cuenta de mis miradas? Y si era así, ¿qué estaría pensando de mí? ¡Dios mío! ¿Sería yo capaz de mantener la compostura y hablarle como si nada, o me saldría esa media sonrisa estúpida y nerviosa que no podía evitar en ciertas ocasiones? Y... ¿el pelo? ¿Tenía bien el pelo? ¿Seguía el rímel en su sitio o se había corrido con tanto sofoco? ¿Tenía los labios secos?

—Hola, me llamo Iván... ¿qué quería?

Vaya, era... perfecto.

Allí, plantado frente a mí, con el pecho desnudo sucio de grasa y su pelo negro, Iván me mostró su amplia sonrisa de dientes de blanco iceberg y me quedé, simplemente, sin palabras que articular.

Intenté buscarle alguna imperfección, una verruga, orejas demasiado grandes... No, no tenía defectos. Como una estatua de la Grecia clásica, Iván estaba majestuosamente tallado, sin duda, por las manos de un dios.

Y sí, me salió la sonrisa tonta mientras le respondía.

—Ah, sí... Perdona, es que... estaba distraída. Venía a buscar el coche.

—Y... ¿va a decirme usted cual es? -me preguntó sin borrar la sonrisa de sus labios tentadores.

—Ese monovolumen azul oscuro -le dije mientras lo señalaba-. Por cierto, no me llames de usted, que no soy tan mayor...

—Eso salta a la vista... estás estupenda... -añadió.

—Gracias -respondí mientras me seguía encendiendo por dentro. Esos pectorales... esos labios jugosos... ese pelo... Eran una dulce tortura para mí.

—Bien, vamos a la oficina, que te haré la factura.

¿¿Oficina?? ¿Había dicho oficina? Esas ya eran palabras mayores. Una cosa era estar allí en medio del taller, con los otros mecánicos en la misma sala y la puerta de la calle abierta de par en par. Y otra cosa, mucho más delicada y comprometida, era una oficina donde posiblemente estaríamos... solos.

Le seguí en silencio hasta el fondo de la sala observando su espalda, ancha y fuerte. Y sus brazos con músculos torneados, y sus manos, grandes y poderosas. En la mano derecha seguía llevando una llave inglesa.

Abrió la puerta ante mí y accionó el interruptor de la luz, cerrando la puerta en cuanto yo hube entrado.

Para mi sorpresa, la oficina era básicamente diminuta, lo cual hizo que todos los músculos de mi cuerpo se tensaran en el mismo momento en que crucé el dintel.

“Bien, cálmate, Noemí, que no es el fin del mundo. Te hará la factura y ya está. Cálmate... cálmate...”, me repetí una y otra vez mientras luchaba por mantener mi respiración acelerada bajo control.

Y entonces, en medio de mis intensos intentos de mentalización más o menos exitosos, inició la conversación.

—Hace calor hoy, ¿verdad?

—Sí... estoy sudando... -añadí yo.

—Ya lo veo... mira, te cae una gota de sudor por aquí... -dijo muy lentamente mientras seguía su caída deslizando su llave inglesa a lo largo de mi escote, en dirección descendiente.

Aquel objeto metálico rozando mi piel hizo que me estremeciera en el escalofrío más caluroso que he sentido en mi vida.

—Por aquí también estás sudada -añadió mientras la llave inglesa seguía bajando hasta rozar el borde del sujetador-. Y por aquí...

Me quedé inmóvil con los ojos cerrados sintiendo como el metal se adentraba muy lentamente, como si el tiempo se parara, dentro de mi sujetador hasta rozar el pezón. Consciente de ello pero sin poder evitarlo, mis dos pezones ya hacía rato que se habían puesto duros y evidenciaban a gritos su presencia bajo la fina tela del vestido.

De repente paró. “¿Ha parado? ¿Por qué ha parado? ¡No puede parar precisamente ahora! ¡¡Ahora no!!”, pensé.

—Creo que detrás del cuello también estás sudando un poco... ¿verdad? -dijo de repente mientras me apartaba la melena hacia un lado y soplabla despacio sobre mi nuca.

Ese aire frío salido por sus labios perfectos me sentó tan bien...

A continuación los labios de Iván dejaron de soplar y se posaron en mi nuca. Lentamente, recreándose en cada centímetro de mi piel, empezaron a recorrerla lamiéndola con ganas, casi con fervor, como si estuvieran saboreando la más deliciosa de las golosinas prohibidas. Para entonces, mis bragas ya estaban irremediablemente mojadas.

Siguió avanzando hasta mi oreja derecha para terminar el recorrido en el lóbulo, que succionó varias veces con suavidad. Sin duda sabía qué ponía a cien a una mujer.

“Bien”, pensé mientras permanecía inmóvil aún con los ojos cerrados. “Tienes dos opciones: o le paras ya... o sucumbes”.

Y, tomando una decisión fugaz, sucumbí.

Mi mano insegura y temblorosa se apoyó en su pecho. Su piel estaba caliente y sus pectorales eran firmes, potentes. Intenté recordar la última vez que había tocado unos pectorales así... No, nunca antes había tenido bajo mis manos unos pectorales y un cuerpo tan perfectos.

Dejó la llave inglesa sobre la mesa y, con ambas manos, me agarró con fuerza por la cintura y me sentó encima de ésta sin decir ni una palabra. Noté que había unos cuantos papeles bajo mis nalgas arrugándose, pero no me importó.

Frente a mí, sus dos manos bajaron los tirantes de mi vestido y después del sujetador, dejando mi pecho medio descubierto y a su entera voluntad. Mientras, mis manos se perdían recorriendo cada músculo de Iván.

Me miró a los ojos un instante antes de acercarse a mi pezón derecho, que acabó jugando en su boca revoltosa. ¡Dios mío! ¡Hacía años que no me sentía tan caliente!

Lo mordisqueó levemente para luego lamerlo por todo su contorno y recrearse en él. Y después, el otro. Y, mientras Iván hacía que mis entrañas vibraran como nunca antes lo habían hecho, me encontré intentando liberarle de su mono de trabajo.

—Espera, que te ayudo -dijo con una sonrisa mientras acababa de bajar la cremallera hasta que la prenda quedó por los suelos.

Sentada en el borde de la mesa con las piernas separadas, de repente noté el poder desbordante que se ocultaba bajo sus calzoncillos de color negro. Su miembro, duro como el mármol, luchaba por liberarse de su prisión mientras yo seguía derritiéndome y recorriendo febrilmente cada palmo de su cuerpo. Y él seguía lamiéndome, acariciándome, haciéndome levitar por dimensiones hasta entonces desconocidas.

Se inclinó sobre mí en busca de mi boca, que encontró totalmente dispuesta a recibir sus besos apasionados, malvados, diabólicamente irrefrenables. Y me comió los labios, succionando el superior para pasar después al inferior, en un beso lujurioso y sin ningún pudor. Después me sorprendió al introducir con fiereza su lengua caliente en mi boca, explorando cada rincón, revolviéndose y agitándose de placer. Y me sorbió la lengua como si quisiera abducirla, como intentando poseerme toda a través de ella.

¿Cómo se podía besar con tanta intensidad? Su lengua parecía tener vida propia y ser un ente perverso que invadía todo mi ser mientras sus manos iban, lentamente pero sin pausa, descubriendo cada curva de mi cintura y mis caderas.

Mientras, la presión que ejercía su miembro sobre mi pubis era tal que me resultaba casi dolorosa, a la vez que irresistible. Sentía unas ganas descontroladas de tenerle dentro, todo él, desde su miembro hasta su lengua. Todo su ser. Toda su virilidad. Toda esa lujuria. Necesitaba rendirme a él ya y que me poseyera sin remilgos.

De repente, su mano asió de nuevo la llave inglesa. Mientras su lengua lamía de nuevo mi cuello entregado, noté como el mango de aquel objeto se paseaba por la parte interior de mi muslo izquierdo. Y después por el derecho, en dirección ascendente y hasta llegar a...

¡Dios mío! ¡Necesitaba tener a Iván dentro ya!

Me quitó las bragas con prisa y con gran habilidad.

Otra vez el frío metal, paseándose esta vez junto a mi clítoris... “¿No va a meter eso ahí? ¿¿Sí?? ¿Lo piensa meter?”, me pregunté. Pero no me importaba en realidad. En esos momentos, rendida a ese macho sin tapujos, se lo hubiese permitido todo. Todo.

Empecé a notar como ese mango frío se introducía en mi interior, poco a poco, con delicadeza. Esa provocación que superaba todas mis expectativas me daba tanto morbo que, en realidad, no me importaba. No, no me importaba en absoluto. Me producía tantas sensaciones extremas a la vez que me sentía desbordada; lujuria en estado puro, escalofríos, calor infernal, temor...

De repente cesó. Iván me miró a los ojos y dejó la llave inglesa sobre la mesa. Moviendo el dedo de derecha a izquierda frente a mi nariz me hizo un gesto de negación que quedó claro; no, tenía pensado otro final para mí.

Con ambas manos separó más mis piernas hasta que mis ingles no dieron más de sí. Entonces se bajó los calzoncillos, que no llegó a quitarse del todo, dejando su poderoso miembro al descubierto. No me dio tiempo a mirarlo, ya que de inmediato lo introdujo dentro de mí, con fuerza y decisión. ¡Sí! ¡Sí! ¡Sí! Lo había estado deseando tanto que ya no podía aguantar la espera ni una décima de segundo más.

Nada de ternura y suavidad. Iván empujaba con ímpetu como si de ello dependiera su vida, en silencio, perdiéndose hipnóticamente en mis ojos. Una y otra vez, en el más perfecto de los ritmos. Una y otra vez, una y otra vez...

Y yo, como una idiota derrotada y derretida, sucumbí totalmente a su potencia y reprimí un grito de placer. Y luego otro. Y después, muchos.

No me cobró el cambio de aceite.

4. PSICOLOGÍA

¡Toc, toc! ¡Toc, toc!

Alguien estaba llamando insistentemente a la puerta del jefe del Departamento de Psicología. Junto a ésta, en la pared de la derecha, un rótulo negro con letras doradas anunciaba que el despacho pertenecía a José Antonio Moreno Fernández de la Pradilla.

El catedrático cincuentón gritó un “¡Adelante!” ligeramente abrupto desde detrás de su mesa de caoba, y ella entró con decisión.

—Hola, ¿cómo estás? -le dijo la chica. ¿Tienes un momento? Es que quería hablar contigo...

Él carraspeó y le echó una rápida mirada de sorpresa bajo sus gafas de pasta marrones.

—Vaya... estoy sorprendido... todos mis alumnos me llaman de “usted”, ¿sabes?

—Pero yo no soy “todos tus alumnos”, sino yo en especial. Me llamo Ana Naranjo y estoy en tu clase de psicología aplicada.

—Sí, creo haberte visto por la última fila -respondió él con cierta incomodidad-. Y... dime, ¿qué te trae por mi despacho?

—Bueno, quería hablar contigo sobre el examen. Sinceramente, no entiendo por qué me has suspendido, si lo he contestado todo y de manera completa... De hecho, salí muy contenta del examen, ¿sabes?

La frescura de Ana le resultaba extraña y desconcertante; no era normal que sus alumnos le visitaran en su despacho, y mucho menos que le trataran con tanta familiaridad. De hecho, siempre le había dado la sensación de que despertaba más bien un poco de miedo entre todos ellos; tal vez por ser serio en extremo, tal vez por ser tan estricto... Tampoco le importaba mucho, pues en el fondo apreciaba que le respetaran y le gustaba marcar distancias invisibles pero fáciles de percibir.

Le echó una segunda ojeada a Ana, esta vez con más detenimiento. Era la típica universitaria en todos los sentidos, vestida con tejanos y una camiseta blanca, sin apenas maquillaje y el pelo lacio y suelto sobre los hombros. Había algo en su forma de mirar, no obstante, que denotaba que Ana era una chica decidida y que sabía luchar para conseguir lo que quería.

—Bien, vamos al tema que nos ocupa. ¿Qué nota dices que te he puesto en el examen? -preguntó él.

—D negativo.

—Eso significa que estaba realmente mal...

—¿Podrías revisarlo ahora? -dijo ella con voz suplicante-. Por favor...

—Bueno, ya veo que eres insistente.

Se levantó y se dirigió hacia el armario, de dónde cogió un archivador negro de plástico duro. Después de rebuscar durante unos segundos entre su colección de exámenes perfectamente ordenados, extrajo dos hojas grapadas y se las colocó delante en la mesa tras volverse a sentar.

Leyó y leyó ante los ojos atentos y profundos de Ana que no se perdían ni el más ínfimo detalle.

—Mírate la pregunta cinco... esa me salió muy bien. Y las tres finales también... Y con esas, estoy convencida de que llego al aprobado -dijo ella.

—A ver... Pues me temo que no. La cinco es... bueno, está fatal. Yo diría que no entendiste la pregunta.

—¿¿Cómo que no entendí la pregunta?? -preguntó ella con cara de enfado.

—Tranquila, no te enfades. Siempre puedes recuperar -añadió él con su peculiar tono distante.

—¡Venga ya! ¡Déjame ver! -respondió Ana mientras se dirigía hacia la mesa hecha una furia.

Sólo que no se sentó en una de las dos sillas que estaban colocadas y perfectamente alineadas delante, como era de esperar, sino detrás de la mesa, descaradamente de pie junto a él.

Se agachó para ver el examen de cerca, cayendo su pelo por encima del hombro del profesor; al momento José Antonio notó su perfume, fuerte y atrevido, que le recordó las moras maduras y el musgo húmedo del bosque. Era tan diferente de la colonia fresca que utilizaba su mujer...

—Mira, esto está bien -señaló ella en el papel. Su largo y delgado dedo culminaba en una uña pintada de color carmín con un pequeño brillante en el centro.

—De ninguna manera -añadió él, que apenas se atrevía a moverse debido a la evidente cercanía de su visita intempestiva.

Entonces ella ladeó su cabeza levemente hacia él, balanceando su pelo y dejando sus caras a menos de un palmo de distancia. Pero él no se movió. ¿Acaso conseguiría amedrentarle una cría descarada?

—A ver si nos entendemos... tendrá que haber algo que pueda hacer para que me apruebes... -dijo Ana mirándole fijamente a los ojos y esbozando una sonrisa, mientras con una mano le agarraba la corbata de rayas infames.

José Antonio agarró esa mano huesuda y tiró de ella hasta conseguir que liberara su corbata, con un semblante grave y sin perder en ningún momento la compostura.

—Por favor, vete ya. Tu actitud es del todo inapropiada -dijo con seriedad y demostrando que controlaba la situación-. Además, no me van las jovencitas.

Ana inclinó la cabeza para mirar bajo la mesa entre sus piernas.

—Ya. Entonces... ¿por qué en estos momentos eres un homo erectus? -le respondió ella con la más sensual de sus voces-. Profe... apruébame, que yo puedo poner mucha voluntad si me lo propongo...

—¿Mucha voluntad? Como por ejemplo... -respondió él con un ligero tartamudeo.

—Como por ejemplo... podría pasar mis labios por tu pene hasta hacerte correr como un loco... podría sentarme aquí, delante de ti en tu mesa, con las piernas abiertas y sin bragas... o podría dejar que tu mano se deslizara dentro de mi pantalón... Esto último deberías hacerlo... a lo mejor he escondido allí alguna chuleta.

—Pero son ejemplos, claro -dijo él, que para entonces ya tenía claro que esa situación imposible no tenía vuelta atrás.

Descarada, fresca y joven, Ana era tan sensual...

José Antonio notó cómo esa barrera invisible que le separaba del resto de los mortales, y en especial de sus alumnos, se había desintegrado totalmente. Ya no era el catedrático respetable, sino un hombre caliente frente a una hembra increíblemente dispuesta.

—Sí, creo que debería comprobar si escondes chuletas... -dijo mientras no se acababa de creer lo que estaba diciendo.

—Claro, profe. Ya te he dicho que tengo mucha pero mucha voluntad -dijo ella, que se había sentado en su falda y le estaba desabrochando la camisa.

—Todo eso merecería un aprobado, sin duda -dijo él.

—Y... ¿cuánta voluntad debería demostrarte para llegar al sobresaliente? -preguntó ella mientras deslizaba la mano bajo sus pantalones hasta notar su magnífica erección.

—Mucha. Por ejemplo... podrías ponerte tumbada boca abajo sobre el borde de la mesa... mientras te doy una clase magistral por la retaguardia... -añadió él lentamente.

—Me encanta el sexo anal, profe... Es mi asignatura preferida. Con esto que tienes aquí escondido -dijo mientras agarraba con fuerza su miembro-, seguro que me corro de placer -dijo ella mientras se mordía el labio inferior.

—Sí, creo que eso se merecería un excelente. Sin ninguna duda se lo merecería -respondió él mientras se pasaba la mano por el pelo, acalorado y tremendamente excitado.

José Antonio apartó los libros de la mesa con un rápido golpe de mano, y tardó dos segundos en colocar a Ana bocabajo sobre la mesa. El pantalón salió con facilidad, y las bragas bajaron a la velocidad de la luz. No podía ni quería perder tiempo. Para un catedrático tan sumamente ocupado como él, el tiempo era oro.

Sin caricias ni otros prolegómenos, le metió el miembro al instante y sin problema, tras lo cual lanzó un prolongado suspiro mientras miraba ese culo tan sonrosado y prieto. Ana lanzó un ligero gemido, y nada más. A él le pareció extraño lo fácil que estaba resultando con esa casi desconocida, sobretodo teniendo en cuenta que en su casa el abordaje por estribor era tabú, pues su esposa era una mujer tradicional y contraria a la adquisición de nuevas experiencias sexuales.

Y la penetró hasta el fondo una y otra vez, sin ningún pudor, dando salida a sus instintos reprimidos bajo la corbata, mientras por el cerebro de Ana rondaba una única palabra: “Sobresaliente, sobresaliente, sobresaliente...”

De repente, entre gemidos contenidos y sudor, sonó un crujido. Al instante, la mesa de caoba se desplomó bajo el peso de sus cuerpos, quedando en el suelo con las patas rotas y astilladas.

Tras un segundo en que sus cuerpos medio desnudos quedaron desconcertados el uno sobre el otro, Ana se empezó a vestir a toda prisa mientras un José Antonio con los pantalones bajados se retorció de dolor agarrándose el tobillo.

Ana no quería que la encontraran allí cuando alguien llegara atraído por el ruido, así que salió rápidamente del despacho sin tan siquiera preguntar a José Antonio si se encontraba bien.

Antes de atravesar la puerta, le guiñó el ojo y le recordó, en un susurro: “Sobresaliente, no te olvides”.

Ana fue la única alumna con sobresaliente en esa asignatura. José Antonio, aunque con muletas por el esguince durante unos días, se transmutó en un profesor mucho más cercano y afable con sus alumnos. Nadie alcanzó a conocer los motivos, pero todos lo agradecieron.

5. PATER NOSTRUM

—Ave María purísima.

—Sin pecado concebida.

—Padre... he pecado... ¡y mucho!

—A ver, hija mía... cuéntamelo...

En la casi completa oscuridad del confesionario, la voz del párroco del pueblo sonaba firme pero condescendiente, cálida pero austera. Era un cura maduro y experimentado con bastantes canas y barriga incipiente, curtido en escuchar pecados leves, graves y hasta algún que otro crimen bajo secreto de confesión. Llevaba tantos años confesando a los habitantes de su parroquia...

Los conocía a todos como si fueran hijos suyos: sus penas y alegrías, sus diabluras de niños, sus riñas de vecino... También sus envidias y sus infidelidades. Sobre todo, sus infidelidades.

En un pueblo pequeño, era fácil trazar las líneas invisibles que marcaban amistades y enemistades, afinidades y lazos de diversa índole.

Al otro lado de la puerta de madera con rejilla y cubierta con una tela negra, una mujer en sus cincuenta estaba arrodillada frente a él. A su alrededor, el intenso olor a incienso dominaba el ambiente y se mezclaba con un leve aroma a madera rancia y carcomida que llevaba siglos allí. Ese aroma que a los dos les resultaba tan conocido llenaba todos los recovecos de la vieja iglesia, esa que resistía allí impertérrita desde tiempos inmemoriales, esa que había aguantado mil tempestades y soportado mil guerras que le habían dejado heridas imborrables. San Martín no era una iglesia común, sino una valiosa reliquia en medio de un paraíso rural perdido en medio de la nada.

La mujer cambió de postura. Como siempre, le dolían invariablemente las rodillas, pero no quería perder su costumbre de ir a confesión una vez por semana. Y no entendía la confesión en otra postura que no fuese de rodillas, doliera lo que doliera.

Quería ser una buena cristiana, y la confesión regular era uno de los pilares básicos de sus prácticas religiosas. Su marido, el maestro del pueblo a punto de jubilarse, compartía su fe

pero no su fervor, y prefería dedicarse a otros menesteres como la caza del pichón. Sobretudo, los domingos por la mañana.

Su hija Ana ya había volado del nido hacía un par de años en busca de aromas menos agrestes, seducida por el ambiente universitario y sus estudios de Psicología. Era una buena hija que llamaba a sus padres todos los fines de semana, y una excelente estudiante con notas envidiables. No como su hermano Hugo, el albañil felizmente casado en el pueblo de al lado pero que sólo iba a visitarles por Navidad.

—He hablado mal de mis vecinas... de la Toñi, la María, la Engracia... He hablado mal de ellas cada día, y también en la peluquería, cuando fui el otro día a hacerme la permanente... No he podido evitarlo, padre -dijo la mujer en un susurro.

—Bueno, hija, eso es un pecado venial... -respondió él con suavidad.

—Y he devuelto mal el cambio en la tienda. Le di a la viejecita unas monedas por otras sabiendo que nunca repasa el cambio que le devuelvo. Y también lo he hecho más veces con diferentes personas... y lo he hecho adrede, esperando que no se dieran cuenta -añadió la mujer.

—¿Y esos son los pecados tan graves que dices que has cometido? -preguntó el párroco extrañado-. Debes intentar ser mejor cristiana y amar al prójimo según mandan las escrituras. Pero, créeme, para purgar esos pecados sólo te harán falta ocho Ave Marías.

—No... Aún hay más... -dijo ella muy lentamente.

—Cuéntame hija.

—Verá... desde la última misa... he tenido pensamientos impuros. A todas horas -dijo ella bajando aún más su tono de voz.

El párroco carraspeó dos veces, acomodándose la sotana.

—A ver, hija mía... Dios necesita saber qué tipo de pensamientos has tenido para poder absolverte, ¿sabes? -dijo él.

—Verá, padre... desde entonces he estado deseando a un hombre al que no puedo desear...

—¿Acaso está casado? -preguntó él.

—No, esa no es la palabra.

—¿Comprometido? -preguntó él con cierta ansiedad que ella no llegó a intuir.

—Bueno... está comprometido... con su rebaño. Sólo tiene tiempo para él; usted ya me entiende... -añadió ella mientras dirigía su mirada hacia al suelo, avergonzada.

El párroco se recolocó de nuevo en su asiento de madera, que crujió levemente. En su pequeño espacio, de repente le pareció que la temperatura empezaba a elevarse y la sotana era más recia que de costumbre.

Una diminuta gota de sudor tibio empezó a cruzar su frente hasta perderse en su tupida ceja derecha.

—¿Qué más, hija mía? -le volvió a preguntar, esta vez vacilante.

—Me he estado imaginando que ese hombre prohibido estaba muy cerca de mí... Tanto, que podía sentir su respiración acelerada... y su aliento... y hasta el sudor masculino de sus axilas...

El párroco suspiró profundamente y se limpió el sudor de la frente con la palma de una mano más temblorosa con cada segundo que pasaba.

—Sigue, hija, sigue...

—¿Sigo? -preguntó ella.

—Por supuesto. Sigue sin dudarlo. Debo determinar el alcance de tu pecado -respondió él mientras deslizaba en silencio una mano por debajo de su sotana.

—Después me he imaginado que me sentaba frente a él, en el suelo... Mientras él estaba frente a mí, poderoso y con cara de amor, como las imágenes de Jesucristo.

—¿Y después? -preguntó ansioso el párroco, que para entonces ya estaba absolutamente sudoroso debido a sus incesantes manualidades parroquiales.

—Padre... le he deseado tantas y tantas veces...

—Sí, hija mía, pero tú no pares de explicar... -añadió mientras seguía agitando su mano con inspiración divina más... y más... con un frenesí mundano que no tenía fin.

—Después me he imaginado acercando mis manos a su cuerpo hasta liberar su miembro, aprisionado, mientras él me miraba con deseo y bondad a la vez.

—Y...

—Bueno, padre, creo que ya no debería explicarle más... -dijo ella de repente.

—Entonces no podré absolverte. Dios lo ve y lo sabe todo, y creará sin duda que le estás engañando. Sigue, hija mía, sigue... -dijo él con una voz que a ella le pareció temblorosa y entrecortada.

—Bueno, si usted lo cree conveniente... -añadió ella.

El párroco se mordió con fuerza el labio para ahogar sus gemidos de placer mientras al otro lado, a dos palmos de su cuerpo tras la madera carcomida, la feligresa proseguía su confesión con un semblante grave.

—Bueno... después he deseado colocar mis labios en su miembro, y lamerlo y lamerlo durante horas... notando su sabor, sintiendo su poder y su potencia extraterrenal... todo para mí...

—¿Sí? ¡Sigue, sigue! ¡No te pares ahora! -dijo él con un hilo de voz vacilante.

—... y lamerlo hasta no poder más... y después meterlo en mi boca para dejar que llenara todo su interior con su plenitud...

—Más, más, más...

—... llenando mi boca, mi garganta, mi cuerpo y toda mi existencia en una experiencia celestial... hasta finalmente derramar en mí hasta su última gota de virilidad.

—¡Síííí! ¡Sí, hija mía! ¡¡¡Sííííí!!! -exclamó el párroco mientras sonaban órganos celestiales y el paraíso se volvía mundano.

—Y eso es todo, padre. Ya le dije que había pecado mucho... Padre... ¿Cree que tener estos pensamientos sobre Paco el pastor, que está viudo, es un pecado muy grave? -añadió ella aliviada tras la confesión.

—¿¿Paco el pastor...?? Hija mía... Ego te absolvo in nomine Patris et filii et... ¡Que te absuelvo y punto!

La feligresa regresó a casa feliz y satisfecha. Siempre era tan reconfortante hablar con el párroco...

6. HORMIGÓN ARMADO

Hugo vio a lo lejos su coche como un punto diminuto que levantaba una gran polvareda blanca. Al final del camino, cerca del horizonte, las antiguas campanas de la iglesia de San Martín tocaban con parsimonia las once de la mañana.

Mientras el punto rojo se convertía en un SEAT Ibiza polvoriento, se secó el sudor de la frente con la gorra con visera que había estado llevando durante toda la mañana. No era fácil ser albañil en pleno agosto.

Llevaba un pantalón corto tejano, sucio y deshilachado, y su torso estaba desnudo, mostrando su piel extremadamente morena debido al continuado trabajo a la intemperie.

—Coño, Encarni... te he dicho mil veces que no me vengas a ver al curro. ¡Al final mi mujer nos va a pillar! Es que...

Encarni se acercó a él enfundada en su minúsculo vestido floreado y encaramada a sus sandalias plateadas de tacón vertiginoso.

—Cállate, Cero -le susurró al oído mientras presionaba su dedo índice contra los labios de él para hacerle callar.

Al instante él los entreabrió y le lamió el dedo lentamente, para rodearlo con la lengua después y sorberlo con intensidad.

—Te he traído un regalo -le dijo ella retirando abruptamente el dedo de su boca.

Él apoyó su espalda sobre el andamio metálico que tenía detrás para observarla. En un segundo plano, las paredes de ese chalet a medio construir ya apuntaban maneras y evidenciaban la magnificencia del resultado final. En silencio, tal como ella le había ordenado, Hugo vio como Encarni sacaba del bolso una cuerda delgada de aproximadamente un metro de largo.

Ella se le acercó y le metió la mano en el bolsillo delantero del pantalón; tras mover la

mano con decisión hasta conseguir en él el efecto deseado, sacó la pequeña navaja que él utilizaba normalmente para cortar a trozos el bocadillo del desayuno que su mujer le preparaba. A Hugo se le aceleró la respiración.

—Esto es lo que yo quería -dijo ella ignorando totalmente su erección.- Olvídate de todo y recuerda una sola cosa: aquí mando yo.

—Pero...

—Tú no tienes voluntad. Lo que tú quieres no le importa a nadie... O sea que hoy tu cuerpo me pertenece y hará todo lo que yo desee. Todo -le respondió ella articulando a la perfección cada sílaba y poniendo énfasis en cada palabra.

Cortó la cuerda en dos partes iguales y dejó la navaja sobre un tablón de madera. A continuación, sin mirarle a los ojos, levantó la mano derecha de Hugo sin que él ofreciera resistencia y la ató firmemente con la cuerda al andamio metálico. Tiró con decisión de los extremos para asegurarse de que quedara fuerte y pasó a realizar la misma operación con la mano derecha ante la mirada sorprendida de él. No le importó si quedaba demasiado apretada. Tampoco pareció importarle si le hacía daño.

Aún en silencio, bajó la cremallera de sus pantalones recreándose en cada milímetro y después sus calzoncillos hasta que ambas prendas quedaron arrugadas a la altura de sus tobillos.

—Tienes mucho calor, ¿verdad, Cero? -le dijo ella sin esperar una respuesta.

Miró a su alrededor buscando algo y se alejó unos metros por el lateral del muro en construcción, tras lo cual regresó con una larga manguera de plástico amarillo. Abrió la boquilla y el agua empezó a salir a gran presión hacia el cuerpo desnudo de Hugo; primero le apuntó al torso mientras él cerraba los ojos, y después a la cabeza, lo cual le causó unos instantes de pánico porque la fuerza del agua sobre su nariz y su boca le impedía respirar.

Cuando Encarni consideró que era suficiente, enfocó el potente chorro de agua hacia su miembro eréctil y hacia sus testículos. Hugo hizo una mueca de dolor y frunció el ceño, pero miró fijamente a Encarni y aguantó en silencio deseando que parara, y anhelando a la vez que no parara todavía. Su cuerpo era de ella enteramente desde sus manos hasta sus genitales, y estaba a su disposición para lo que ella deseara. Le gustaba tanto, pender de un fino hilo sostenido por ella...

Salpicado por el agua, el vestido de Encarni se había vuelto del todo transparente y dejaba ver que sin duda no llevaba ningún tipo de ropa interior. Sus largas piernas terminaban

en unas caderas desnudas y, en la parte superior, sus grandes y jugosos pechos eran más que evidentes. Hugo se perdió mirando los detalles de su contorno y de sus curvas al trasluz: el sutil relieve de su pubis, sus pezones, su ombligo, su cintura perfecta... Súbitamente, sintió la necesidad de soltarse de sus ataduras y poseerla en ese mismo momento, pero en vano intentó con todas sus fuerzas deshacerse de sus cuerdas, que no se aflojaron ni un milímetro. El forcejeo resultó inútil, y se rindió finalmente a la espera.

—Bien. Fresco, limpio y empalmado en todo tu esplendor. Así me gusta -dijo Encarni mirándole con seriedad lujuriosa-. Por cierto, Cero... ¿Has sido un buen niño esta semana?

Hugo la miró de reojo avergonzado y negó lentamente con la cabeza. Después se quedó mirando fijamente al suelo, lleno de barro.

—Niño malo... No me digas que te has acostado con tu mujer... No, no... ¿Cómo puedes ser tan débil y patético? Bien... eso merece un castigo. A ver qué tenemos por aquí...

Volvió a coger la navaja y se agachó hasta alcanzar de nuevo la manguera. Tardó unos instantes, pero finalmente consiguió cortar un trozo de poco menos de un metro, lo suficientemente largo para sus propósitos.

Agarró su nuevo objeto de castigo con la mano derecha y empezó a golpear rítmicamente la palma de su otra mano mientras se paseaba frente a Hugo recorriéndole con la mirada varias veces desde los pies a la cabeza.

Sin dudarle, se paró frente a él y le golpeó en uno de los glúteos. Paró y le miró a los ojos, pero él los tenía fuertemente cerrados. Justo cuando él esperaba recibir otro golpe y había tensado inconscientemente cada músculo de su cuerpo, le dio un beso en la boca metiendo su lengua con fuerza entre sus labios sorprendidos. Tras el húmedo beso inesperado, le golpeó el otro glúteo enérgicamente. Y lo repitió una y otra vez aumentando la intensidad, ampliando los golpes hacia los muslos.

—¡Encarni! Joder... para ya... que va a ver las marcas mi mujer... Por favor... -le suplicó él mientras reprimía en su garganta gemidos de dolor y placer a la vez.

Tras unos minutos, Encarni dejó la porción de manguera en el suelo con parsimonia ante

la mirada atenta de Hugo que, ya con los ojos de nuevo abiertos, no se perdía ninguno de sus movimientos.

Se plantó frente a él, todo lo cerca que podía sin llegar a rozarle, y le habló con un tono de voz inquietante y provocador.

—Y ahora... ahora mi favorito -dijo ella mientras le apretaba los testículos con fuerza y le miraba fijamente a los ojos.

La mirada de Hugo estaba ansiosa... ansiosa por saber cuál sería la siguiente tortura... por volver a sentir ese dolor placentero que invadía todo su ser... por sentirse vulnerable, amado, deseado y despreciado a la vez. Y, sobretodo, estaba febrilmente ansioso por ser liberado de sus ataduras y penetrarla salvajemente como a ella le gustaba, sintiéndose el ser más poderoso del universo una vez más.

Un escalofrío recorrió el cuerpo de Hugo cuando Encarni puso su mano ante sus ojos para enseñarle los alicates que sostenía.

—¿Qué...? ¿Qué vas a hacer con eso? -preguntó él vacilante. Su cara de placer se había convertido en el reflejo del miedo.

—¡Cállate!

—Pero...

—Tranquilo... estoy del todo convencida de que te gustará... -le respondió ella con una mirada que él no supo interpretar.

Empezó a pasear los alicates por su torso desnudo recorriendo en un zigzag toda su extensión, y a continuación les hizo dar varias vueltas alrededor del pezón izquierdo, que al instante se endureció como la dura roca. Entonces, tras mirarle a los ojos y constatar con satisfacción que su expresión se acercaba al terror, lo pellizcó con suavidad.

Él lanzó un grito de dolor ahogado mientras ella, con la otra mano, agarró con fuerza su miembro, que no había perdido su firmeza en todo el rato.

—Cobarde... Eres un cobarde, Cero... -le dijo Encarni al oído mientras apretaba con su

mano más y más-. ¿Acaso no confías en mí? Ya te dije que te gustaría... Casi te vas a correr de placer... Casi.

Los pellizcos a los pezones se sucedieron durante unos minutos, así como los movimientos de la mano de Encarni sobre su miembro, que pasaron de la suavidad a la energía y a una danza febril con música de gemidos de fondo.

—¡No! ¡Todavía no! ¡Te lo prohíbo! -dijo ella intuyendo que su erección estaba a punto de terminar en un orgasmo sublime-. ¿Acaso pensabas dejarme sin mi regalo? ¡Espera, Cero!

Se quitó muy lentamente el vestido y quedaron al descubierto sus pechos y su pubis de pelo negro depilado con forma de corazón. Después se sacó las sandalias desatando poco a poco cada una de sus muchas hebillas ante la ansiosa y excitada mirada de Hugo, el cual ya no podía resistir más. Entonces, con igual lentitud, se agarró fuertemente al andamio colocando sus manos junto a las de él hasta rozar sus dedos. A continuación apoyó los pies descalzos en una de las barras horizontales que estaban situadas a la altura de sus caderas y flexionó las rodillas hasta conseguir la posición correcta, justamente alineando ambos cuerpos en el mismo plano, frente a frente.

Mientras volvía a invadir la boca de Hugo con su lengua ansiosa, agarró su miembro y lo hizo suyo hasta que, penetrando todo su interior, sus cuerpos se fundieron al rojo vivo con una cadencia perfectamente intensa. Allí, bajo el sol del mediodía, su potencia viril la poseyó plenamente hasta que las campanas de la iglesia de San Martín que tocaban las doce ahogaron sus gritos entrecortados de placer.

7. POLVO EN EL SOFÁ

Yo no quería hacerlo. Mis amigas del alma me convencieron.

—¡Es un cerdo! ¡Mira que ponerte los cuernos después de siete años de matrimonio...! - me dijo Isa realmente alterada.

—¡Déjale ya, que no te merece! -replicó Eva casi a gritos.

—No... mejor no le dejes... en el fondo aún te quiere... Seguro que encuentras alguna manera de hacérselo pagar -añadió Susana con parsimonia, como era normal en ella.

—Sí, Beatriz, eso no se puede quedar así. No puede irse con otra por las buenas una tarde loca, soltarte después cuatro lagrimitas de arrepentimiento y ya está -dijo Eva un poco más calmada.

—Ese cabronazo sólo se merece que le hagas lo mismo... que sienta cómo traicionas su confianza vil y cruelmente... -dijo Isa entornando los ojos y con semblante pensativo

—Sí... y que sufra como tú estás sufriendo. Ponle unos cuernos magníficos, dignos del macho dominante de una manada de ciervos. Y punto -añadió Susana con tono imperativo.

Al parecer mi opinión no importaba; parecía ser que estaba demasiado afectada para pensar con claridad, por lo cual mis buenas amigas dictaminaron unilateralmente que le pondría los cuernos a mi marido. Sí, esa sería la panacea a todos mis males, lloros y pesares y el justo castigo a su traición infame.

Mi marido, que me juraba mil una veces que yo era la mujer de su vida, me había engañado con una vulgar clienta del taller mecánico donde trabajaba. ¡Se lo habían montado en el taller! ¡Dios mío! ¿Cómo había podido tirarse a una clienta del taller? ¿Y allí, entre grasa de coche y neumáticos gastados? ¡Qué vulgar! ¡¡Qué asco!!

No obstante, para mi propia sorpresa, acepté su perdón sin dudar. Unas cuantas lágrimas por su parte que yo creí sinceras me convencieron de que su desliz había sido accidental y esporádico; el momento, un calentón intempestivo, esa mujer sin moral que le estuvo acosando hasta acorralarlo...

Sí, se arrepentía de ello, de eso no me cabía ninguna duda. Pero tampoco tenía ninguna duda de que perdonar y olvidar no eran sinónimos y nunca lo serían.

Mientras él me repetía una y otra vez que me amaba, yo imaginaba a esa cerda libertina pasando sus manos impudicamente por su cuerpo. Cuando me regalaba desmesurados ramos de flores con aroma de remordimiento, yo imaginaba a esa guarra dándole un húmedo beso apasionado. Y, si intentaba acariciarme, me imaginaba a esa zorra deslizando su mano dentro de su pantalón sin ningún pudor. Y eso sí que no. Eso era mío. Sólo mío y no susceptible de ser compartido.

O sea que, a pesar de estar perdonado, le mandé a dormir al incómodo y angosto sofá del salón durante unos días que se acabaron convirtiendo en meses. “Necesito tiempo para dejar de imaginarte con ella...”, le dije mil y una veces mientras esquivaba cualquier intimidad con mi marido.

—Ya sé cómo vas a hacerlo -me dijo Susana un buen día de otoño-. Te he registrado en una página de citas.

—¿¿Cómo?? Pero yo pensaba... -respondí horrorizada.

—Nena, ya es hora de pasar de la planificación a la acción. Hemos hablado mucho del tema... ¿Acaso pensabas que las chicas y yo no hablábamos en serio?

—Sí, sí, claro, totalmente en serio -le respondí sin tan siquiera intentar convencerla de lo contrario.

Después de todo, si las chicas dictaminaban que se tenían que poner los cuernos, se tenían que poner sin dudas ni dilaciones innecesarias.

—Por cierto -añadió mi amiga del alma-, a efectos de citas te llamas Cindy, tienes 38 años y estás soltera.

—Vaya... -contesté sorprendida al intuir que lo tenían todo pensado hasta el más mínimo detalle.

—Te gustan los animales, el campo y la literatura...

—¿Ah sí?

—... y la comida tailandesa... y los bombones de licor...

—¡Susana! ¿Desde cuándo me gusta la comida tailandesa? ¿Y los bombones de licor? -le pregunté.

—Bueno... sonaba refinado... -me respondió con una amplia sonrisa-. ¿Qué querías que pusiera, que te gustan el melón y las migas manchegas? Creímos que eso sonaba a mujer de mundo y con mucha más clase.

—Pues a mí me parece que me voy a meter en un buen lío...

—Ah, por cierto -interrumpió Susana-... no te lo había dicho, pero hemos realizado una pequeña selección por ti... para ahorrarte tiempo, ya sabes... y resulta que mañana tienes tu primera cita.

—¡¡No!! ¡Estás loca! No, no puedo hacerlo... yo no sirvo para eso...

—Créeme, puedes hacerlo y lo harás. Dile a tu marido que vendrás a mi casa este fin de semana para ayudarme a redecorarla... o invéntate lo que te de la gana. Y ahora... vamos a escoger qué vestido te pones, que tu gusto es demasiado recatado para la ocasión. ¡No puedes ir tan ñoña si pretendes mojar!

A las diez en punto estaba en la puerta del restaurante La Rosa, nerviosa como una adolescente en su primera cita y enfundada en mi vestido negro de polipiel.

Mi primer citado resultó ser insípido como una lechuga sin vinagre. Comí, me despedí con amabilidad... y no le volví a ver nunca más. ¿Cómo le iba a poner los cuernos a mi marido con una lechuga? ¡De ninguna manera! Si iba a ser infiel, sería infiel *conglamoury* por todo lo alto...

A la semana siguiente, las citas número dos, tres y cuatro se sucedieron. Un lechuzo, un hipocondríaco y un hiperactivo sexual respectivamente. ¿Cuernos con esos? ¡Nunca!

Al cabo de unos días estuve a punto de pedir una segunda cita a uno de los aspirantes, pero la tentación se esfumó en cuanto me dijo que practicaba la abstinencia sexual por motivos

religiosos y ascéticos. Y allí le dejé plantado en su nirvana tras los profiteroles con chocolate, meditando ensimismado entre orgasmos incorpóreos.

Las citas número seis y siete resultaron ser un suplicio insufrible. El primero intentó meterme mano bajo la mesa mientras el camarero traía el *confit* de pato, y el otro sugirió pasar de los entrantes al asiento trasero de su utilitario directamente, prescindiendo de la cena, la conversación y el *coulis* de higos al licor de avellana. Y yo por nada del mundo me perdería un postre...

Ambos quedaron descartados al instante, por supuesto.

Encontrar al candidato ideal para poner los cuernos a mi marido estaba resultando una ardua tarea, si bien con la perspectiva del tiempo reconozco que tal vez la selección resultó demasiado exhaustiva para conseguir, simple y llanamente, que uno de ellos me la metiera.

Hasta que apareció él por la puerta de Pampa, el asador argentino. Era el número doce y estaba felizmente divorciado.

En cuanto le vi supe que era él; alto, rubio como los suecos, con el pelo perfectamente ondeado y cayendo con gracia hacia un lado de su frente, los ojos azules como el cielo de verano y una sonrisa de dientes blancos y alineados... Y esa colonia de macho que recordaba a la madera húmeda de un bosque tropical... Sin ninguna duda era él.

Para mi sorpresa descubrí que, además de tener una cara perfecta y un culo redondito y prieto, el espécimen era dulce y caballeroso. A los diez minutos de estar sentada frente a él, la perspectiva de la infidelidad ya no me parecía tan atroz, pues ya me estaba derritiendo en la silla mientras le imaginaba en acción.

La cena transcurrió de manera fluida, enlazando experiencias, sueños y risas con inteligencia evidente y un humor muy fino. Hablamos de nuestras carreras universitarias, de los viajes que habíamos hecho y de los que nos quedaban por hacer... Me explicó sus vivencias como médico en Costa de Marfil, su recorrido en moto por Nueva Zelanda, su estancia en Bután... Apasionante. Me habló de su afición, embriagarse de jazz tocando el saxofón... Y yo le conté mi historia verosímil de mujer refinada con bastante habilidad.

¡Vaya pedazo de hombre! ¡Era tan igualito a mi marido mecánico como una libélula a un jabalí! ¿¿Dónde había estado metido durante los últimos siete años??

Era perfecto en todos los sentidos. Perfecto. Perfecto. Perfecto.

Al llegar al postre, su mano rozó la mía involuntariamente, hecho accidental que aproveché al instante. Respondí pasando mi dedo índice por encima del dorso de la suya con delicadeza, lentamente y disfrutando el momento mientras le miraba fijamente con expresión insinuadora. Y seguí y seguí dibujando en su piel gárgolas imposibles en silencio. Después de tantas citas, sabía que eso no fallaría y adiviné que, bajo el mantel, algo indicaba que su cuerpo pedía más.

“¡Bien, Beatriz! ¡Tus amigas se sentirían orgullosas de ti! ¡Esto ya está hecho!”, me dije con satisfacción.

“Biiip... biiip... biiip...”

—Vaya... ¿qué es eso?, le pregunté.

—Pues mucho me temo que tendremos que dar esta maravillosa cita por terminada, muy a mi pesar, créeme -me dijo con semblante grave.

—¿En serio tienes que irte? ¿No tienes otra opción? -le pregunté yo intentando disimular mi enorme decepción.

—No, no, lo siento. No tengo otra opción. Tengo que ir urgentemente al hospital... Suena a tópico, pero el deber me reclama.

Por un momento me sentí como la doncella del cuento que ve como todo se desvanece al sonar las doce campanadas y el príncipe azul desaparece tras las puertas del palacio para no regresar jamás. La perspectiva de poner los cuernos a mi marido con ese hombre imponente se había volatilizado con ese pitido abominable.

Al cabo de un instante, el macho perfecto que tenía todo lo que una mujer deseaba ya había bebido de un sorbo todo el café. Al cabo de dos, ya se había puesto la chaqueta ante mi mirada abatida.

Entonces sacó una tarjeta de su bolsillo y garabateó algo para luego deslizarla bajo mi mano. Me dio dos besos en la mejilla y se esfumó fugazmente con una gran sonrisa de complicidad.

“Sergio Blasco Fernández. Avenida de Cantabria, 20. Mañana, 18:00. No faltes.”

Y no falté.

“Vaya... este tío tiene pasta”, pensé mientras cruzaba su jardín aproximándome a la puerta principal, de madera blanca y flanqueada por dos enormes macetas con buganvileas rojas. Su chalet de tres pisos rodeado de jardines, en la parte alta de una urbanización de lujo, denotaba que vivía más que cómodamente. La pista de pádel, la piscina de diseño, el espacioso garaje para varios vehículos y la perfectamente cuidada Harley Davidson bajo el porche... Todo resumaba a euro recién salido del banco. Igualito que mi piso de ochenta metros con geranios en el balcón...

—Entra, Cindy -me dijo mientras alargaba la mano para coger la mía con delicadeza y me daba dos besos-. Te estaba esperando. La cita de ayer me supo a tan poco...

—Sí, a mí también, créeme. Es una verdadera lástima que te tuvieras que ir -le respondí.

¡Guau! ¡No me lo podía creer! ¡Yo, con un extraño, en su casa y a solas... a punto de ponerle los cuernos al cabrón de mi marido! Me sorprendía a mí misma de ser capaz de llegar hasta tan lejos, pero en el fondo sabía que, llegada hasta ese punto, ya no había vuelta atrás.

—¡Qué casa tan bonita tienes! -le dije mientras observaba las desorbitadamente caras obras de arte impresionistas colgadas en las paredes. “¿Serán auténticas?”, me pregunté.

—Muchas gracias -respondió él sin extenderse en explicaciones superfluas.

Me enseñó su comedor de paredes acristaladas, el enorme salón y la cocina domótica, donde unos primorosos bombones de licor y una copa de champán frío me estaban esperando en la isla central. Sin duda Sergio sabía complacer a una mujer...

Quizás fue el champán... quizás el licor de los bombones... quizás su tentadora proximidad corporal que *ibain crescendo*... quizás sus dedos que empezaron a entrelazarse con mi pelo...

A la media hora de llegar a esa casa me encontré desnudando a un extraño junto al mármol italiano de la cocina, con urgencia apabullante, mientras él rompía todos los botones de mi blusa de seda y levantaba mi minifalda, dejando al descubierto la lencería fina de color negro recién estrenada para la ocasión.

—Espera -susurró a mi oído para luego morderme el lóbulo con suavidad, lo cual me enardeció más y más. Ansiaba tanto que ese casi desconocido entrara dentro de mi interior en llamas que la espera casi dolía.

—Vamos a mejorarlo... el mármol está muy frío y tú te mereces algo mejor -me dijo susurrando mientras me cogía en sus potentes brazos como a una niña y me llevaba a través de un pasillo con paredes tapizadas hasta su habitación.

Me dejó encima de la amplia cama con dosel con mucha suavidad. Tomándose su tiempo, empezó a pasar su lengua por mi barriga, en dirección sur, lamiendo muy poco a poco la frontera que separaba mis bragas de las tierras bajas. Ardiente y húmeda, parecía poseer vida propia. Deseaba tanto, que siguiera bajando, y bajando, y bajando...

De repente, una puerta sonó fuerte al cerrarse.

—¡Cari! ¡Ya estoy en casa! ¿Dónde está mi maridito?

Nos quedamos congelados como estatuas de hielo en el frío antártico.

—¡Mierda! ¿Pero no me dijiste que estabas divorciado hacía dos meses? -susurré histéricamente.

—Bueno, te mentí, ¿vale? -dijo con un semblante grave que hasta entonces yo desconocía-. Corre, vístete y vete a la cocina mientras ella está en el baño. ¡O la engañamos o Simona me corta los huevos!

—¿¿A la cocina?? -le pregunté mientras me apresuraba en vestirme y me ponía la falda sobre las bragas medio bajadas y el sostén del revés.

—¡Sí, a la cocina, joder! Detrás de la puerta hay un uniforme... de la sirvienta... y el plumero y la escoba... ¡Ponte a limpiar! Le diré que la agencia nos ha enviado una doncella nueva -me dijo con extrema seriedad.

—¡Estás loco! Pues le dices la verdad y punto... -le susurré.

—¡Hazlo por mí! ¡Por favor! -me suplicó-. Tú no conoces a Simona...

Tras un prolongado suspiro y unas décimas de segundo de mentalización, me dirigí de puntillas hacia la cocina lanzando a Sergio una mirada asesina de reojo que él ignoró.

Efectivamente, detrás de la puerta había un infame uniforme a rayas rojas y blancas que me enfundé muy a mi pesar. Y el plumero, y la escoba... Mucha domótica, pero en esa casa se seguía barriendo como lo hacía mi abuela... En fin, cogí la escoba con resignación y lancé otro largo suspiro mientras me sentía absolutamente ridícula y patética.

“Si me vieran mis amigas...”, pensé.

—Vaya, tú debes ser la nueva, ¿no? -inquirió la mujer con una mirada despectiva mientras me realizaba un escáner visual desde la cabeza hasta los pies.

—Sí... señora -dije yo con un hilo de voz mientras notaba cómo la sangre se agolpaba en mis mejillas.

—Ya me dijeron en la agencia que encontrarían otra chica rápido, pero no pensaba que fuera tan pronto. Bien, puedes empezar con el polvo... saca el polvo de toda la casa. Y que no se te olvide el polvo sobre el sofá de piel; es negro y se nota mucho. Cuando termines puedes limpiar los baños, el de abajo y los de arriba... No nos gusta que queden marcas de gotas de agua por ninguna parte... sécalo todo perfectamente. Por cierto, ¿te ha enseñado mi marido la casa? Bueno, si no lo ha hecho ya te la enseño yo. Ah, y la ropa para planchar está en ese cuarto -dijo señalando una puerta en una esquina de la cocina-. Las camisas las quiero perfectas, y las sábanas, sin ninguna arruga. ¡Mi marido y yo no soportamos dormir sobre sábanas arrugadas! Es que no usamos pijamas, ¿sabes? Preferimos dormir desnudos. Cosas nuestras. Bien, ¡empieza ya, que es tarde!

Y el ruido de sus tacones desapareció en dirección a la habitación de matrimonio donde, tras unos minutos de silencio, el cabecero golpeando fuerte y rítmicamente contra la pared me dio a entender que no debía molestar a los señores.

A las cuatro horas me quité el uniforme y di mi trabajo por finiquitado, dejando tras de mí una casa impoluta y, lo más importante, sin polvo.

8. CARA A CARA

La pequeña oficina era vulgar y tediosa hasta la saciedad, con menos alegría que una ameba jugando a críquet y menos salero que una langosta manca haciendo palmas. Paredes grises y mobiliario gris rodeaban diariamente, cuarenta horas a la semana, a sus grises moradores. El gris, en sus diferentes tonalidades, texturas y matices, era omnipresente.

Una planta por debajo quedaba el bullicio del almacén, con su ir y venir de mozos y transportistas que parecían hormigas ajetreadas bajo las órdenes de Simona, la hormiga reina y que ostentaba el mando supremo de la boyante empresa de artículos de perfumería. Escaleras arriba y escaleras abajo, sus tacones inverosímiles eran un sonido incesante y ciertamente irritante de ocho a dos.

Junto al despacho de Simona, brillantemente decorado por un prestigioso interiorista de vanguardia, la primera planta compartía espacio con la gris oficina donde sólo se movían papeles en medio de un silencio sepulcral.

Como en un ritual ancestral inalterable, Violeta y Narciso llegaban cada día a las siete en punto, ni un segundo más ni un segundo menos. Con desgana se daban los buenos días sin apenas mirarse y se sentaban a trabajar, uno frente al otro, en sus respectivas mesas grises separadas por apenas cuatro metros.

Ella era insulsa, con rasgos armónicos pero sin nada especial que destacara entre su mediocridad; casi hermosa, pasaba totalmente desapercibida por su manera de vestir y peinarse, del todo anodinas. Y él, con su pelo más bien largo, era aburrido hasta la muerte en su forma de vestir; ni alto ni bajo, ni gordo ni delgado, ni guapo ni feo... su físico se diluía entre sus enormes camisas de cuadros y sus poco agraciados pantalones con pinzas perfectamente planchadas.

Violeta, con la foto de su marido y sus hijos regordetes sobre la mesa, pasaba las horas repasando pedidos desde su silla roja, mientras Narciso, frente a la foto de su esposa y su Fox Terrier, se encargaba de las facturas desde su silla azul. Sus feudos estaban amurallados por pilas de papeles y algún archivador, y flanqueados por tres armarios metálicos y una fotocopidora que apenas usaban.

Cada monótona jornada trascurría de la misma manera invariable de lunes a viernes, y tras ésta ellos se despedían diariamente con un desmotivado "Hasta mañana", obviándose una y otra vez en un ciclo sin principio ni fin.

Pero ese viernes llovía, y lo hacía sin preaviso. Y llovía como sólo podía hacerlo un mediodía de otoño, con incómoda intensidad y con muy mala leche.

Ya en la puerta de la calle, Violeta regresó a toda prisa a coger su paraguas, que siempre guardaba en el cajón por si acaso. Mirando el reloj de nuevo subió las escaleras de dos en dos y abrió la puerta cerrada.

Y allí encontró a Narciso, arrodillado en el suelo frente a su silla roja, con la cara sumergida en el asiento tapizado, llenando sus pulmones y todo su interior con su esencia más privada de mujer, oliendo cada reminiscencia de su intimidad casi con fervor. La miró de reojo, pero no se movió. Contrariamente a lo que cabía esperar, Narciso inspiró de nuevo con todas sus fuerzas hasta embriagarse con ese efluvio aún tibio tan lascivo y prohibido. Retuvo su esencia durante unos instantes mientras ella, rozándole con el brazo, abría el cajón y se llevaba

su paraguas negro con topes blancos, ignorándole completamente. Entonces, poseyendo ya su olor, Narciso soltó el aire hasta quedarse vacío, para decirle después un “Que tengas un fantástico fin de semana”.

“Gracias”, respondió ella ya desde el pasillo.

El lunes llegaron a las siete en punto. Se sentaron sin hablar. Encendieron el ordenador y abrieron su correo electrónico, como hacían invariablemente cada día de la semana.

Violeta movió sus dedos frágiles con velocidad por el teclado y se apresuró a escribir unas palabras que al instante entraron en el buzón de entrada de Narciso:

“Tengo un regalo para ti”

Él alzó la mirada con curiosidad, observando bajo su flequillo a aquella extraña con quien compartía espacio y cuyas emanaciones robaba furtivamente tras cada jornada laboral.

Con parsimonia, casi en cámara lenta, Violeta separó las piernas y allí quedó expuesta su entrepierna, bajo la falda sin ropa interior, a cuatro metros de Narciso. Sin ningún pudor, su pubis rasurado pasó ocho horas frente a él, que de vez en cuando miraba con descaro sin intentar disimular.

Llegó el martes y Narciso se apresuró a abrir su buzón de correo, por si acaso. Suspiró. Esta vez no había mensaje ni pubis frente a él, así que decidió olvidarse del tema y ponerse a trabajar. Tal vez lo del día anterior había sido el principio y el fin, sin posibilidades de continuación.

Así se entretuvo escribiendo, subrayando, anotando... Tomó un lápiz y mordió el extremo, como solía hacer siempre pese a saber que no era ciertamente una buena costumbre. Y allí estaba ese aroma que él conocía tan bien, impregnando la madera y llegándole como una explosión al cerebro y al pantalón, que de repente apretó más que de costumbre. El mismo olor húmedo a mujer que usurpaba cada día a esa silla roja, pero esta vez entre sus labios. Ese objeto que Violeta había introducido en su interior hasta impregnarse de ella era su regalo del día. Sabía que le gustaría.

Narciso chupó suavemente el extremo del lápiz, saboreándolo con fervor, para después sostenerlo frente a su nariz e inspirar profundamente hasta que la esencia de mujer llenó cada poro de su cuerpo. Ella le observó fijamente durante las siguientes inspiraciones, y no le fue difícil adivinar que la excitación de Narciso había alcanzado su grado máximo.

Dejó el lápiz encima de la mesa y siguieron trabajando.

El miércoles Narciso se sentó en su silla con incertidumbre... ¿Tendría hoy también un regalo, o eso ya se había acabado? Deseó en silencio y con intensidad otra sorpresa de Violeta, pero pasaron los minutos y las horas, y ella seguía frente a él, impertérrita y sin indicios de ir a provocar su excitación una vez más.

Revisó el correo electrónico, pasó un fax, se encargó de unas cuantas facturas... y a las doce y media abrió el cajón de su escritorio para coger un marcador fluorescente. Y allí estaban, esperándole, las bragas que Violeta había llevado el día anterior, rogándole a gritos ser olidas, estrujadas y absorbidas.

Las cogió con las dos manos mientras la miraba a ella de frente y, saboreando cada instante, las colocó frente a su nariz para inspirar una vez más. Ese olor sucio pero excitante le embriagó de tal manera que todo su ser se desconectó por un momento y se quedó extasiado

en ese placer prohibido que le quemaba por dentro con llamas infernales. Un placer ilícito que le hacía desear una única cosa en el mundo, su única razón para existir en ese momento, el centro absoluto de su universo oloroso: Violeta.

Pero la mañana sucumbió al mediodía y, entre miradas de lujuria que él lanzaba y ella respondía en silencio, el miércoles llegó a su fin.

El jueves prometía. Ambos llegaron al trabajo unos minutos antes de lo habitual. Les gustaba tanto, ir a trabajar...

Ella se acomodó en su silla roja y, tras un “Buenos días”, empezó su rutina diaria.

Enfundado en unos pantalones de pana y su invariable camisa de cuadros, él pasó junto a ella sin mirarla, respondió a su saludo y se sentó también en su silla. Entonces la vio. Enganchada con cinta adhesiva sobre su pantalla de ordenador, una fotocopia del tesoro escondido de Violeta le daba la bienvenida sin ropa y con todo detalle: cada curva, cada relieve, cada pequeño pliegue, cada minúscula sima... A tamaño real, esa silueta en blanco y negro que tanto le excitaba deleitó a Narciso durante los minutos que su mano pasó bajo el pantalón ante la mirada libidinosa de su compañera, cuatro metros frente a él. Por un momento pensó en acercarse a ella, en tumbarla en la mesa y hacerle el amor locamente hasta hacerla gritar, en sentarse bajo su mesa y lamer lo que tanto ansiaba durante horas y horas... Era tal su deseo que en su mente no había espacio para nada más. Desde el lunes pasado él se levantaba con ella, comía con ella, veía la tele con ella, se afeitaba con ella... No había nada en el mundo que deseara más furiosamente.

Y llegó el viernes ante la impaciencia de Narciso.

—Buenos días, Narciso.

—Buenos días, Violeta.

Siguió la mañana, y él la deseaba con tanta intensidad que le resultaba doloroso, pues esa necesidad imperiosa le dominaba por completo. Sin embargo, controló su impulso irrefrenable y esperó estoicamente a que ella realizara el siguiente movimiento, acatando las reglas implícitas de ese juego erótico que trascurría en silencio y en el cual él parecía ser el espectador impaciente.

A las 14:30 la sorpresa por fin llegó en forma de correo electrónico monosilábico:

“Llegó el momento”, había escrito ella.

“¿Qué momento?”, respondió él al instante.

Violeta se levantó perezosamente de su mesa y avanzó los cuatro metros que la separaban de Narciso. Por primera vez desde que la conocía, él vio una flamante sonrisa en sus labios.

Se quedó indeciso sin saber qué esperar; si levantarse o quedarse sentado, si hablar... no quería arruinar el vacío de palabras con alguna tontería. Sí, mejor quedarse callado si no podía mejorar ese silencio tan vicioso.

Algo dentro de él acechaba, a punto para saltar con la más leve insinuación. Y entonces

ella le alargó la mano y habló.

—Me voy. He encontrado otro trabajo en la otra punta de la ciudad. Será estresante, pero el proyecto me apasiona. Que te vaya bien -dijo mientras sacudía levemente su mano en señal de despedida.

—Pero... yo creía... -dijo Narciso, que casi no podía articular palabra.

—Esta semana ha llegado a su fin. Eso es todo.

—¿Todo? Pero... ¡No puedes irte por las buenas! -gritó él desesperado y sin acabar de captar del todo la situación.

—Por cierto, tengo un último regalo para ti.

A esas alturas, él ya no sabía qué esperar por lo cual optó, simplemente, por quedarse callado.

En su vestido de lana de color azul oscuro, Violeta cruzó la sala y cogió su bolso de piel negra, de donde sacó un pequeño paquete envuelto con plástico transparente. Lo abrió y empezó a desenrollar la cinta brillante de color rojo que contenía. A continuación, rodeó con ella la silla un par de veces para acabar rematándola con un lazo tras el respaldo.

—Ahora es toda tuya. Te la regalo.

Y así, sin más, Violeta desapareció súbitamente de la vida de Narciso, dejando sus expectativas agonizantes bajo sus pantalones.

A las 15:00, sin más dilación, él cogió su silla y la cargó en el asiento trasero de su coche mientras no dejaba de pensar en ella. Su perfil fotocopiado, su arrebatador aroma a hembra, su silencio provocador... serían ciertamente muy difíciles de olvidar.

Ante la mirada perpleja de su mujer, ubicó la silla en un rincón de su estudio y cerró la puerta tras de sí.

Una vez más, se arrodilló delante y hundió su cara en ese asiento tan conocido sabiendo que, con el paso del tiempo, las emanaciones de Violeta se irían desvaneciendo para convertirse en nada. Inspiró con todas sus fuerzas como si las quisiera retener para siempre en su interior. Y expiró cuando sus pulmones ya no podían retener más aire. Inspiró de nuevo, y de nuevo, y de nuevo... mientras la presencia etérea de Violeta le llenaba todo por dentro y le hacía sentir más vivo y excitado que nunca.

Con la rapidez de un rayo se levantó y cogió un cúter del cajón del escritorio. Rajó la silla por el medio con un corte rápido, seco y decidido. Y allí, entre los interiores acolchados que aún olían a Violeta, acomodó su parte más viril para compartir con la silla lo que no había podido compartir con ella.

“Violeta, Violeta...”, repetía para sí con cada embestida que daba, fuerte, más fuerte, mucho más fuerte. Hasta que todo terminó en una apoteosis como nunca antes había experimentado y reprimió un grito de placer mientras se aferraba ferozmente a su silla de color rojo.

CONTACTO

Bien, querido lector o lectora... Si has llegado a esta página es posiblemente porque te has leído en libro enterito, con todos sus puntos y todos sus interrogantes. Creo que nos hemos entendido bastante bien tú y yo, ¿verdad?

Espero sinceramente que te hayan gustado mis consejos, mis relatos o ambos. Si es así, te agradecería que lo compartieras con tus amigos, aunque también puedes hacerlo con tu pareja o tu amante... Con un "Me gusta" en Facebook ya me bastaría, aunque si lo deseas puedes enviarme tus comentarios. Me encantará tener noticias tuyas...

Correo electrónico:

alexp.donnelly@yahoo.es

Facebook:

<http://www.facebook.es/COMOPONERLOSCUERNOS>

Gracias y ¡hasta pronto!

Alex P. Donnelly